

# PANEGÍRICO

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA,

PRONUNCIADO POR EL

SR. MAGISTRAL DE BURGOS,

D. IGNACIO DE ARTIÑANO,

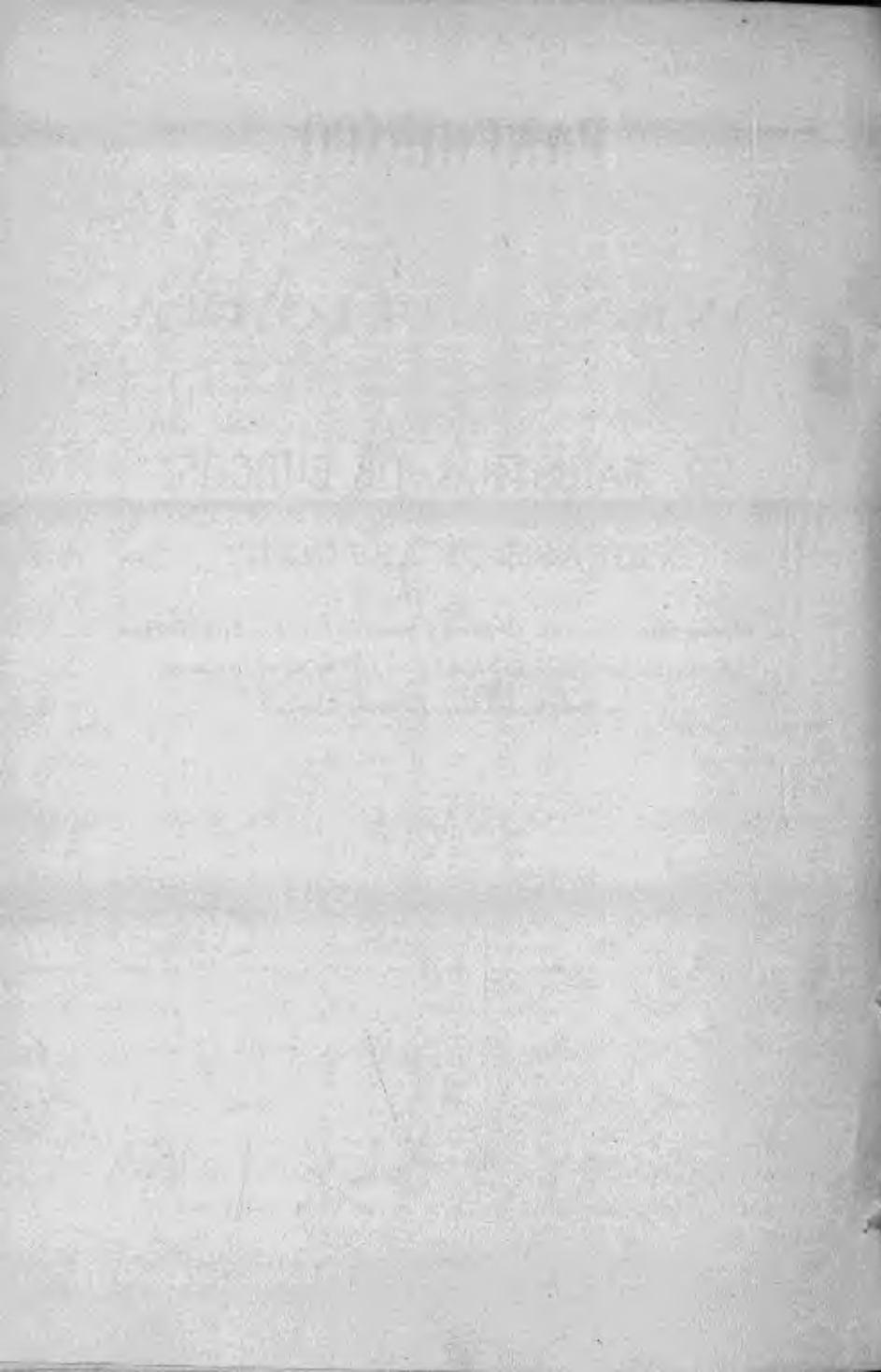
*en la solemne función religiosa que la Excm. Diputación  
provincial de Vizcaya celebró en honor de su augusto  
patrono el 31 de Julio de 1887.*



BILBAO:

IMPRENTA PROVINCIAL (ITURRIEIDE, PATIO DEL INSTITUTO).

1887.



---

*In gloriam meam creavi  
eum: Para mi gloria lo  
crié.—Isa. 43—7.*

EXCMO. SR.:

Pedro el Ermitaño en el siglo XIII despidiendo por sus mejillas una lágrima ardiente en Jerusalén al contemplar las vejaciones de los peregrinos cristianos oprimidos por los mahometanos: Ignacio de Loyola en el siglo XVI consumido de dolor en la cueva de Manresa al meditar en las almas que la herejía de Lutero avasalla: Pedro, que prostrado en oración al pie del Santo Sepulcro, cree oír una voz del cielo que le dice: Levántate, vuelve á Europa, corre, recluta gente en toda tierra de cristianos y tráelos á conquistar la Tierra Santa: Ignacio, arrobado en sublimes éxtasis en la capilla de Storta, que oye á Jesús: "No te detengas, no dudes, prosigue tu camino, yo te he de ser propicio en Roma...." He ahí el paralelo de dos héroes muy distintos en merecimientos pero íntimamente enlazados con el siglo, con la historia, con la época en que respectivamente figuraron. Pedro vuelve del Asia, predica, arenga, concita el entusiasmo en Europa; y de los bosques de Inglaterra, de los valles de Francia, de los montes de Alemania, de Austria, de Suiza.... de todas partes brotan ejércitos in-

numerales de cruzados. Deja Ignacio en Monserrat la espada de Pamplona, y allí recibe de manos de la Virgen con el libro de los Ejercicios el estandarte de la Compañía de Jesús: llévalo á Roma para que Paulo III lo bendiga, y bendecido por el Pontífice lo entrega á Fabro, á Láinez, á Canisio, á Javier, á Acevedo, á Claver..... Ellos lo pasean por donde Calvino, Zuinglio y Lutero están conspirando contra la Iglesia, por donde las carabelas de Vasco de Gama, de Colón, de Magallanes, de Pizarro, rasgando el seno del mar han descubierto nuevos continentes..... y en los lagos de Suiza y en los páramos de América y en las islas del Japón y en los arrecifes de Oceanía, en todo el mundo conocido ondea al poco tiempo victorioso ese estandarte mostrando entre sus pliegues las letras que en él ha escrito la inspirada mano de San Ignacio: *Ad maiorem Dei gloriam*: á la mayor gloria de Dios.

Ya están tal como las ha concebido mi mente á grandes rasgos trazadas las líneas características de la santidad de Ignacio de Loyola. *In gloriam meam creavi eum*: Para mi gloria lo crié. Vamos á dilatarlas é iluminarlas, pidiendo á la Virgen Santísima, que tanta parte tuvo en esa gloria, que no la oscurezcan mis palabras.—*Ave María*.

*In gloriam meam creavi  
eum; Para mi gloria lo  
crié.—Isa. 43—7.*

I.

Era el año 1521. Rota las hostilidades entre Francisco I, rey de Francia, y Carlos I, rey de España, ya se había dado principio á muchas y para nuestra amada patria desastrosas guerras. El francés pisa nuestra frontera por la parte de Navarra y ataca á Pamplona. No estaba por desgracia esta plaza en el estado de defensa que hoy se encuentra, y el General D. Jorge Manrique, Duque de Nájera, pariente de San Ignacio, que mandaba en Jefe nuestro ejército del Norte, trata de capitular y entregar Pamplona á los franceses. Pero Ignacio de Loyola, Comandante de la Ciudadela, más animoso que su Jefe, jura sostenerla á todo trance, jura no rendirla si su vida no se rinde. Por tierra están las murallas, por tierra los torreones. Ignacio, joven de 30 años, de estatura regular, color moreno, los ojos castaños y penetrantes, la frente ancha y despejada, la nariz aguileña, el cuerpo recio y rehecho, espada en mano á la cabeza de los soldados españoles, sufre una lluvia horrorosa de fuego de fusil y artillería; el

héroe no se intimida: dan el asalto los franceses, el héroe los rechaza diferentes veces; pero un casco de metralla le hiere la pierna izquierda, una bala de cañón le fractura la derecha: el héroe ya no puede tenerse en pie: quebradas entrambas piernas, cae al suelo. ¡Ay Ignacio, Ignacio, qué pronto se desvanecen las ilusiones de esta vida! Desde muy joven llevado por tus padres cerca de tu pariente el General D. Jorge Manrique, Duque de Nájera, tu educación ha sido militar, tu carrera militar, tu porvenir, tu ideal, tu sueño la gloria militar. Soñabas con las campañas de Italia ¿no es verdad? con las batallas de Coriñola y del Garellano ¿no es eso? con el Cid, con Guzmán, con Gonzalo de Córdoba, con todos los héroes antiguos y contemporáneos de la brillante gloria militar de España ¿no es cierto.....? ¡Qué ilusiones! Hoy huyen como vana sombra de tus ojos, porque probablemente quedarás inválido, quedarás inútil para las fatigas de la guerra, para la gloria militar.

¿Quedar inútil para la gloria militar? Este es el presentimiento que más contrista la imaginación de San Ignacio cuando le curan sobre el campo de batalla, cuando entablilladas las piernas, tendido en una camilla le conducen soldados franceses por los montes de Navarra á su casa de Loyola, cuando pasan días y pasan noches de insomnio, de dolores, y cada instante se siente más incapaz para levantarse, para tenerse en pie. Suéltanle las tablillas y el vendaje ¡Qué reconocimiento tan triste! Una pierna la tiene más corta que la otra. Entonces se empeña en que le disloquen los huesos, le estiren los tendones y se los vuelven á entablillar; pero el resultado tampoco es completo. Vuelta por tercera vez á dislocar los huesos y á entablillárselos. Otra cuarta operación le dejaría cadáver en manos de los médicos, pero prefiere morir si la vida no le sirve para la gloria militar. Carácter resuelto, señores, carácter decidido como los que cría el suelo vascongado. Si ese carácter mueve sus ejes, si los vuelve de la gloria militar á la gloria de Dios,

si deja las armas del siglo y cesa de combatir contra los enemigos del Estado para embrazar las armas de la fe y combatir contra los enemigos de la Iglesia, si se propone conquistar no provincias ni reinos para su rey, si no almas para Dios, Ignacio será el soldado, será el portento, será el gigante de la gloria de Dios, á quien con justo título se puedan apropiar las palabras del profeta: *In gloriam meam creavi eum*: Para mi gloria lo crié.

## II.

La ocasión es oportuna: Ignacio lleva ya dos meses entablilladas entrambas piernas, en la cama, sin poder dormir, sin poder descansar, sin que apenas pueda moverse, y para distraerse pide un libro de caballería andante, es decir, de amantes locos de la gloria mundana y del culto á sus damas hasta la exageración y la extravagancia. Ese libro afortunadamente no se encuentra, y en su lugar ponen en sus manos la vida de N. S. J. C. No lo rehuses, Ignacio; léelo: ¿Qué te parece del Unigénito de Dios hecho hombre por la redención de los hombres y por la glorificación de su Padre? ¿Qué valiente, qué denodado, qué heroico, qué Dios en la batalla del Calvario! ¿Qué te parece, Ignacio? Y antes de eso ¡qué sufrido en Belén, qué resignado en Nazaret! ¡Qué bálsamo para el estado en que tú te encuentras esos ejemplos del Hombre Dios! ¡Oh qué luz tan pura de gloria, sin niebla de pasión bastarda que la empañe, qué ráfaga, qué raudal, qué torrente tan arrebatador de gloria ha dejado en la historia de la humanidad el Divino Capitán de la gloria de Dios al pasar por este mundo! Abre a hora ese otro libro: en él están las glorias de los santos,



que han sido los soldados de ese Divino Capitán. Ahí está Pablo con su carácter como el tuyo: valiente, arriesgado, indomable como tú, con sus viajes, sus naufragios, sus peligros: apasionado primero de la gloria de su Nación, y luego de la gloria de Dios hasta un punto legendario. ¿No te admira su serenidad al caer mortalmente herido de un sablazo en Roma por la gloria de Cristo? Ignacio lee esas glorias del valor cristiano cada vez con más afición.

Pero si deja el mundo inmediatamente después de la defensa infeliz de una ciudadela sostenida con más valor que fortuna ¿quién no atribuirá su resolución á cobardía, ó á desesperación, ó á desaliento? Y si rendida Pamplona á los franceses, ahora que la guerra va á ser en España más fiera, más dudosa, más peligrosa, se da de baja en el ejército y se retira á una cueva, á un monasterio para llorar sus pecados ¿quién no dirá que escarmentado de haber puestó en peligro una vez su vida, ha juzgado que es cosa más prudente ponerla en sitio seguro ejercitándose en actos piadosos, que no sacarla otra vez á la guerra y recibir cañonazos?

Incorporado en el lecho unas veces, Ignacio abre el libro y lee, otras lo cierra y piensa: piensa en lo que ha leído y piensa en lo que siempre ha querido y aun todavía quiere. Por su imaginación pasan las glorias de Dios y pasan las glorias del mundo; pero no pasan como nubes diáfanas y tranquilas que le recrean, si no como nubes cargadas y tempestuosas que le turban. Siente Ignacio desde que ha leído ese libro una inquietud, un desasosiego interior, un malestar en su alma, una agitación en su espíritu, que no la puede dominar. Está enfermo, y no puede desechar pensamientos que le afligen: necesita descanso, y no puede desechar pensamientos que le fatigan: necesita sueño, y no puede desechar pensamientos que le desvelan. ¡Pobre Ignacio! no estaban sus principales sufrimientos en la ciudadela de Pamplona, si no en el lecho de Loyola: allí sentía



los efectos de las luchas del cuerpo, aquí juntamente con eso siente los efectos de las luchas más terribles del alma y de la conciencia. ¡Pobre Ignacio! el cuerpo lo tiene roto á balazos, y el alma más rota con ansiedades y perplegidades. Incorporado en el lecho, unas veces abre el libro y lee, otras lo cierra y piensa. ¡Pobre Ignacio!

Hay en la vida de todos los hombres un momento crítico, que podemos llamar el paso del astro de la inspiración divina por el horizonte de nuestra alma: ese momento es crítico, es supremo, es decisivo: de él depende el porvenir de nuestra alma inmortal: brilla en la aurora, en la mañana, en el mediodía, en la siesta, en el ocaso. una vez por lo menos en el día de nuestra existencia, para que en todos se cumplan las palabras del profeta: "Tú, Señor, has sellado en nosotros la luz de tu rostro." ¡Qué cambiantes de luz tan pura bañan entonces nuestra alma y qué aires de aura tan suave la levantan y qué sonidos de voz tan dulce la dicen: ven...! Los réprobos no tienen otra cosa que deplorar que esas luces y esos aires y esos sonidos malogrados..... Señor, que ese astro de vuestra inspiración no gire invisible ni para mí, ni para ninguno de mis oyentes. Si á nuestra alma la cerca la oscura nube del pecado mortal, disípadla: si á nuestra alma la cercan las densas nubes y nieblas de las pasiones, rompedlas. Que salga para todos nosotros claro y sereno ese astro de vuestra inspiración, como salió para San Ignacio en el lecho de Loyola, cuando por fin de tantos sufrimientos, de tantas inquietudes, de tantos desasosiegos, abrió los ojos de su alma y se sintió llamado y se resolvió y se encontró con fuerzas para caminar al más noble fin de la santidad, que es la gloria de Dios: *In gloriam meam creavi eum.*

### III.

Así lo dice el Pontífice Gregorio XV en la bula de su canonización: "que desde el primer día de su conversión todos sus pensamientos, sus palabras y sus obras á la mayor gloria de Dios las destinaba... Su primera vocación es el apostolado: ir á convertir infieles: ¿en dónde? en Palestina. Su primera aspiración el martirio: morir por la Fe: ¿en dónde? también en Palestina, al pie del Santo Sepulcro, donde murió el Redentor. Son recuerdos antiguos de la historia de los Cruzados, con recuerdos recientes de la lectura de la vida de J. C. Son aspiraciones confusas de gloria religioso-militar. Dios las irá purificando poco á poco: las irá acrisolando: hará con el tiempo de Ignacio un profundo teólogo, un gran canonista, un fervoroso Presbítero, un religioso observante, padre y Fundador y Legislador de una célebre Orden religiosa; pero siempre se verá en los escritos, en las empresas, en las constituciones, en la santidad de Ignacio cierto tinte militar. Y sobre todo ahora, al principio de su conversión, no admireis en él más que la decisión y el desprendimiento de un soldado convertido. Con las heridas todavía frescas, aunque milagrosamente curadas, sale de su casa de Loyola, y al primer mendigo que encuentra le da de limosna su vestido y su dinero: solamente se queda con un saco para cubrir su cuerpo y un palo para apoyar su pierna más lastimada. Su rumbo, su puerto de embarque es Barcelona: su destino Palestina: su itinerario no lo sabemos; pero probablemente pasaría por enfrente de Pamplona. Pamplona que le vió hace tres meses tan apuesto, tan pundonoroso militar, tan aguerrido en el foso de su ciudadela, pudo verle ahora vestido de saco atado á la cintura con un

cordel de esparto, un pie descalzo y el otro todavía resentido de la herida, mal cubierto con un alpargate, desnuda la cabeza, asoleadas las barbas, las uñas largas, pidiendo limosna de pueblo en pueblo y de puerta en puerta. ¡Oh Dios, qué mudanzas obráis en los corazones de los hombres! Así continúa su camino á Barcelona y continuará á Palestina; pero al pasar por las gargantas del Monserrat..... aquellas peñas le agradan, aquella soledad le atrae, aquel monasterio que divisa en la cumbre le llama. Una secreta inspiración le mueve á variar de rumbo, á no seguir adelante, si no á subir á la cumbre: á ella trepa, apoyado en su palo, á través de peñas, espinas y maleza en que va sujetando su cuerpo, y al llegar al monasterio se siente poseído de una devoción extraordinaria. Hace confesión general tan dolorosa, que teme el confesor que muerto de dolor se le quede en los brazos. Pide á los religiosos una cadena de hierro y disciplinas de acero: son las armas que desea para el combate contra sí mismo, á que se siente poderosamente inclinado; pero antes..... netad aquí lo que ya dejo advertido en los actos más serios y más ascéticos de San Ignacio: cierto tinte militar..... antes quiere velar esas armas, como hacían los caballeros con sus damas, quiere velarlas teniéndolas colgadas durante una noche delante de una imagen de la Virgen Santísima, á quien ha elegido por señora de todas sus empresas. A la mañana siguiente se mete en una cueva distante del cerro 600 pasos.

Y aquí principian, señores, las heroicas muestras de la conversión de San Ignacio: ayuna todos los días á pan y agua, excepto los domingos, que se permite algunas yerbas: pasa cuando dos, cuando hasta ocho días sin alimento alguno: se azota diariamente cinco veces hasta hacerse sangre: golpea á ratos con un canto el pecho desnudo: no tiene otro lecho que la tierra, otra almohada que una peña: pasa cada día 7 horas en profunda contemplación: no cesa de gemir, de llorar los pecados de su vida militar. ¡Oh ás-

peras y erguidas peñas del Monserrat, oh cueva de Manresa, oh ayunos, oh sueño atormentado, oh vigiliás, oh cilicio, oh cadenas, oh azotes, oh sangre, sangre que todo en derredor enrojeces, oh llanto, llanto que todo en derredor ablanzas, oh languidez, oh desfallecimiento, oh convulsiones, oh fiebres, oh agonías mortales causadas por tanto estrago! Pero ¿por ventura la que aquí reina y tan libremente impera es aquella Soberana de los desiertos de la Nitria y de la Tebaida? No, señores: penitencia es esta como aquella; pero el ordinario espíritu de la penitencia es aquí desconocido. Todo pecado es mancha de la gloria de Dios: esa mancha puede la penitencia lavarla, y el que brille pura y limpia la gloria de Dios en sí mismo es el fin principal de las penitencias de Ignacio en la cueva de Manresa: *In gloriam meam creavi eum*: para mi gloria lo crié.

#### IV.

Lo que digo de la penitencia, entendedlo de todas las virtudes de San Ignacio. El fin que en ellas se proponía era la gloria de Dios; los medios para alcanzarlas inspirábase los la gloria de Dios: ella elegía los actos, dirigía la ejecución, vencía los obstáculos y premiaba las victorias. Pero ¿con qué fundo yo una afirmación tan general, tan secreta y tan difícil de ser demostrada? Vosotros sabéis perfectamente la vida de San Ignacio, y yo, que voy temiendo molestaros con la demasiada prolongación de este discurso, me sirvo de vuestra ciencia y me atengo á un sólo hecho en que se cifran todos los pensamientos más íntimos, todos los deseos más recónditos, todas las aspiraciones más secretas de su alma prodigiosa. Me refiero al libro de los Ejercicios: se lo inspiró la Virgen en la cueva de Manresa cuando to-

davía era un soldado, y lo escribió entre las maravillosas revelaciones y sublimes éxtasis de que fué cielo aquella cueva misteriosa: La Virgen inspiraba é Ignacio escribía.

Querer igualmente la pobreza y la riqueza, el honor y el deshonor, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; hallarse á todo eso indiferente, quererlo ó no quererlo según sirva ó no sirva para la gloria de Dios es la meta, es el límite, es el término de la perfección cristiana: es esa indiferencia en el mundo moral del Evangelio lo que en el globo terráqueo el pico del Tibet en la cordillera de Himalaya, lo que en el globo celeste la última nebulosa. Fuera de eso no hay meta más lejana, ni cumbre más remontada, ni palma de virtud más alta, ni estrella de santidad más levantada, ni gloria más esclarecida: sobre eso no hay nada. Y que todos debamos practicar esa santa indiferencia nos lo persuade San Ignacio con este axioma, contenido en la primera página de sus Ejercicios: "El hombre ha sido criado para dar gloria á Dios. Porque si ese es nuestro fin supremo, prosigue el Santo, si ese es nuestro supremo destino, dar gloria á Dios, todas las demás cosas no son nuestro fin, no son nuestro destino, y por consiguiente nos debe ser indiferente tenerlas ó no tenerlas, apreciarlas ó despreciarlas, procurarlas ó rechazarlas según sirvan ó no sirvan para la gloria de Dios." Las alegorías militares de la meditación del reino de Cristo y de las dos banderas, tan propias del carácter militar que siempre conservó San Ignacio, las de los dos binarios, las de la 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> semana, todo el libro de los Ejercicios, á eso tiende, á que no queramos por sí mismos ni el honor ni el deshonor, ni la riqueza ni la pobreza, ni la salud ni la enfermedad, ni la vida ni la muerte; si no que á todo eso seamos indiferentes, lo queramos ó no según contribuya á la gloria de Dios: á que lo que aspire nuestra vida y respire nuestra alma sea exclusivamente la gloria de Dios. Ya está de par en par manifesto el endio-

sado corazón de San Ignacio: hé ahí el corazón criado para la gloria de Dios.

¿Dudáis de la sinceridad de sus escritos? ¿dudáis de la veracidad de sus palabras? ¿queréis verlas confirmadas con sus obras?

Sus particulares aficiones hubieran sido quizás quedarse hasta la muerte en la cueva de Manresa. ¡Ya se ve! habiendo sido militar hasta los 30 años conocía el mundo, y desde que lo dejó lo despreció. Por otra parte aquella soledad, aquella tranquilidad le encantaban, y las apariciones de la Virgen y las conversaciones con la Virgen y los inefables deleites con que Dios le recreaba en sus beatíficas contemplaciones..... Pero en medio de ellas conocía que ese tenor de vida no debía ser más que un breve paréntesis de su existencia, que su principal vocación era el apostolado, y nadie fue menos perezoso, más diligente en volver al mundo y en cambiar de vida, suprimiendo ó cercenando los ayunos, las penitencias, los rezos, la oración, hasta las más puras aficiones del alma: todo por la gloria de Dios.

No puedo detenerme á hablaros ni de la escuela de Barcelona, en que después de tantas revelaciones se puso á estudiar gramática latina entre niños de 10 años, ni de las universidades de Alcalá, Salamanca y París, donde continuó y terminó sus estudios eclesiásticos, ni de sus viajes y peregrinaciones, ni de sus trabajos y fatigas. España, Italia, Francia le vieron quemado en estatua como impostor y aclamado como santo, vierónle encarcelado y apedreado, conferir con los sabios en academias y enseñar el catecismo á niños en escuelas, instruir en cárceles, escribir á reyes y hablar en las calles con mujeres públicas, asistir á suntuosos convites y sumergirse en seguida en el hielo para contener á un pecador deshonesto. Indiferentes le son el honor y el deshonor, la indigencia y la opulencia, la vida y la muerte: solo sed de que Dios sea alabado, bendecido, glorificado de los hombres tiene ese hidrópico de la



gloria de Dios: toda la pasmosa aspiración de su alma la consagró á hacerse apóstol de la gloria de Dios y á educar apóstoles de la gloria de Dios fundando la Compañía de Jesús.

## V.

Y aquí, Excmo. Señor, he nombrado la obra magna de San Ignacio por la gloria de Dios. Así lo dice la Iglesia en la oración que habeis oído poco ha al Presbítero celebrante “¡Oh Dios, que por medio de San Ignacio habeis fortalecido á la Iglesia militante con nuevo refuerzo para propagar la mayor gloria de vuestro nombre!” Tiene el panegírico de San Ignacio la dificultad de que abrumba al genio más sintético con la abundancia, la grandeza y la brillantez de los hechos de su vida. Los trabajos preparatorios para la fundación de esa obra magna, los omito; pero permitidme que os diga que aprobada por la Santa Sede la ilustre Orden de la Compañía, en nada pensó Ignacio si no en cargarla y sobrecargarla con todas las empresas con que puede procurarse la gloria de Dios. Colegios, residencias, seminarios; catecismos, polémicas, misiones; cárceles, hospitales, ejércitos; flotas, rancherías, hordas: todas las empresas propias de pechos nacidos para arrostrar en medio de la fatiga, de la peste, del naufragio, del martirio una muerte prematura, sí, pero por lo mismo más gloriosa. A donde los herejes protestantes llevan la bandera de la reforma, á donde los descubridores del Nuevo Mundo llevan la bandera de sus respectivas naciones, lleva Ignacio su Compañía, y Europa y Africa y Asia y América y Oceanía y todos los pueblos civilizados y salvages vieron en Ignacio realizado el vaticinio del profeta: “Para mi gloria lo crié.”



Alejandro llega á la India y retrocede porque le parece que es ya demasiado dilatado su imperio: Napoleón se hubiera satisfecho con hacer á Europa esclava y tributaria de Francia; pero Ignacio tiene sobre la mesa de su habitación en Roma tendidos los mapas del mundo entero, y sobre ellos llora. Refiere un biógrafo de San Ignacio, como testigo ocular, que el santo lloraba tanto los últimos años de su vida, que por temor de que quedase ciego era necesario que el Papa le dispensara del rezo divino. ¡Tú llorar, Ignacio! ¿Quién te lo hubiera dicho en Pamplona hace treinta años? ¿Porqué lloras? ¿por qué son esas lágrimas? Mira Colonia con su Estado arrancada de las garras del arzobispo luterano Hernando: ¿Por quién? por tu Compañía. Worms, Ingolstad, Spira, Ratisbona reanimados en su catolicismo: ¿Por quién? por tu Compañía. Irlanda, perseverante en su fe: tus hijos Fabro y Brouet la han salvado. ¿No te consuelas? ¿no te alegras? ¿no es bastante para tu celo? ¡Cuántas islas, Ignacio, en Asia convertidas por Javier, cuántos reinos, cuántas razas, cuántos dialectos é idiomas, adoran ya... bendicen... glorifican...! Pero en vano; que el asombroso celo de sus hijos no hace más que irritar el celo de su Padre, y sobre el geográfico lienzo que tiene siempre á la vista para pensar siempre en la Compañía, para dirigir las marchas y las empresas de su joven Compañía, á los hijos más tiernos que le rodean en Roma, á los Novicios del Jesús les indica llorando otros reinos y otras naciones todavía separadas é ignorantes del Dios de su amor, y... partid, les dice: id allá, amados hijos míos: mucho ¡ay! muchísimo aún queda por conquistar para Dios: id, evangelizadlo todo, convertidlo todo, santificadlo todo, glorificadlo todo, llenad el mundo de la gloria de Dios. El llanto de los animosos hijos responde al llanto de su anciano Padre, que revuelve sobre aquellos jóvenes pechos el torrente de sus deseos. Parten, vuelan, trabajan, triunfan, conquistan, mueren... pero en vano. Ignacio los últimos años de su vida no

cesaba de llorar, y casi ciegos sus ojos por las lágrimas, y secas sus entrañas, como se vió en su cadáver; por el celo, su última enfermedad fué la gloria de Dios, la causa de su muerte la fiebre por la gloria de Dios: murió abrasado, consumido, hechos ceniza su corazón y sus entrañas por la gloria de Dios. Soldado de Pamplona, catecúmeno de Loyola, peregrino de Palestina, anacoreta del Monserrat, apóstol del siglo XVI, Patriarca de la Compañía, mártir de la gloria de Dios, huye de este mundo cuya estrechez te ahoga, cuya luz te entristece: la gloria de Dios que aquí existe es oscura noche para tí: vuela á la gloria verdadera para la cual has nacido, allí descansarás, allí te alegrarás, allí cumplirás completamente por perpetuas eternidades tu vocación, tu apostolado y tu destino, que es glorificar á Dios. *In gloriam meam creavi eum:* para mi gloria.

## VI.

Una palabra y concluyo. ¿Ha seguido siempre la Compañía ese noble impulso á la gloria de Dios que le imprimió su Fundador? ¡Oh poder infernal de la difamación y la calumnia! Yo me figuro ver á la Compañía hace un siglo en el momento solemne de su extinción. Arrodillada está ante el Solio Pontificio, como una víctima ante el altar en que va á ser sacrificada, diciendo con amorosa y resignada voz á Clemente XIV: Por tí, adorado Pontifice, yo he vivido; y, si es esa tu voluntad, muy contenta por tí muero. Yo me figuro pasar luego por los helados campos de Rusia, y que allí en un lugar solitario me vuelvo á encontrar con esta querida hija de Ignacio de Loyola: todavía ostenta en su pecho un escudo en que se lee "A la mayor gloria de Dios," todavía ostenta en uno de los dedos de su mano un anillo

en que se ve el nombre y el retrato de Paulo III. ¿Pero no te ha despojado de ese escudo y de ese anillo el Pontífice Clemente XIV? Cuando un piloto, me contesta, no puede evitar el naufragio sin alijar la nave, arroja al mar sus mercancías más preciadas: Clemente XIV era el piloto, yo su mercancía más querida: creyó que no podía evitar el naufragio de la Iglesia sin arrojarme al mar, y lo hizo con todo el dolor de su corazón. Sorprendido de oírla hablar con tanta mesura de su desgracia ¿amas tú al Pontífice, la pregunto, desearías volver á su lado rehabilitada? Amarle muchísimo, con todas las entrañas de mi corazón, y le amaré siempre más que á nadie en la tierra: aquí en la soledad en nada pienso si no en sus desgracias. En cuanto á mi restauración, bien la quisiera; pero estoy contenta, estoy alegre en mi desgracia; porque San Ignacio me enseñó que para los bienes de este mundo no he nacido, que me debían ser siempre indiferentes el honor, la riqueza, la prosperidad; que la aspiración de mi existencia debía resumirse en este deseo: La Gloria de Dios: y ahora que por la Gloria de Dios me encuentro sin riquezas, sin prosperidad, sin honor, pobre, desgraciada, deshonrada ¿cómo no he de estar tranquila, contenta, satisfecha? ¿cuándo he podido ser más feliz con la persuasión de que cumplo el gusto de mi idolatrado Padre San Ignacio, qué ahora que estoy viviendo en este destierro, sometida á la voluntad del Sumo Pontífice?—Jamás ni aun en los tiempos primitivos de su vida tuvo la Compañía ocasión de mostrar con más evidencia, con más heroísmo, que en ella ardía puro, desinteresado, vigoroso el celo por la gloria de Dios, el noble impulso que la imprimiera su Fundador.

Pero en ese caso ¿por qué fue suprimida? Como del seno del paraíso el cuerpo de Adán, así del pecho de San Ignacio nació la Compañía: nació sin gestación, sin infancia, sin niñez: nació adulta, robusta en ciencia, en virtud, en hermosura: nació rodeada de admiradores y émulos, de

enamorados y rivales, de ciegos amantes y de locos perseguidores. Mientras se la atacó en sus Constituciones, se defendió y salió airosa en su defensa: mientras se la atacó en sus doctrinas con respecto al probabilismo, á la gracia, á la predestinación, se defendió y salió también airosa en su defensa. Pero cuando se cambiaron el plan y los medios del ataque, cuando reunidos jansenistas y filósofos discípulos de Voltaire la atacaron no en sus doctrinas, si no en su conducta: cuando en lugar de pruebas se dispararon calumnias, en lugar de razones detracciones, injurias, mentiras... ¡qué armas tan miserables!... la Compañía... la Compañía ¡oh dolor! fue suprimida. ¡Poder infernal de la difamación y la calumnia....!

Pronto los pueblos conocieron que los supuestos botes de oro en polvo escondidos en los sótanos de sus colegios, y las balas de plomo disparadas contra el Rey de Portugal, y los venenos contra Clemente XIV, y las cartas contra Carlos III, y los giros del P. La Valette, y el comercio de la Martinica y del Paraguay, eran repugnantes calumnias ó asquerosas detracciones: pronto pidieron y consiguieron la restauración de la Compañía; pero entretanto las calumnias y las detracciones hicieron su efecto.... La Compañía fué suprimida.... y sus Padres expulsados, sus noviciados y colegios cerrados, sus bienes proscritos.... la revolución triunfó, la Iglesia sufrió, la guerra estalló, y Europa se ensangrentó y se corrompió: todavía sentimos las consecuencias de la supresión de la Compañía. ¡Poder infernal de la detracción y de la calumnia!

Yo no digo, porque siempre es conveniente aquilatar los conceptos de la predicación católica, pero tratándose de este punto y en estas circunstancias necesario, yo no digo que en algún caso no sea lícita la detracción; pero le sucede á esta teoría con respecto al despojo de la reputación ajena algo parecido á lo que le sucede á la teoría de la necesidad extrema con respecto al despojo de los bienes

ajenos. Las dos son ciertas; pero muy peligrosas. Son teorías que deben estar encerradas en el amantísimo y carísimísimo corazón de la Iglesia Católica, para que ella las use en circunstancias supremas; pero sacarlas al público para que todo el mundo á discreción las use, es como sacar á las plazas armas de fuego para que las usen y las disparen á su discreción los niños. ¡Pobre sociedad, pobre caridad, pobre humanidad si yo, si vosotros, si todos comenzásemos á detraernos mutuamente, según nos ocurriese! Para eso todos tenemos disposición, todos tenemos pasión, todos tenemos mala intención. ¡Pobre humanidad si la práctica de la detracción se hiciese general!

Pero aquí en el hidalgo y señorial suelo de Vizcaya no hay que procurar exterminar esa víbora; está y ha estado siempre exterminada. Nunca prevalecerán aquí los calumniadores, ni siquiera los detractores de oficio: serán despreciados, serán pisoteados por la opinión; y por el contrario, los calumniados, los detraídos, serán amparados, enaltecidos, glorificados por la educación, por la religión del noble pueblo vascongado y de las muy nobles y muy leales autoridades que lo gobiernan.

## VII.

¡Excmo. Diputación! Presidís el porvenir y los destinos de los paisanos de San Ignacio de Loyola, de uno de los pueblos más inteligentes, más laboriosos, más vigorosos del globo y á quien yo con mi entusiasmo natal puedo llamar el primer pueblo de la tierra: lo presidís en uno de los momentos más prósperos de su historia, y lo presidís con un prestigio, con una autoridad solamente con la realeza comparable. Gloriosa es vuestra presidencia; pero muy

difícil vuestra misión, muy comprometida vuestra situación.

Os encontrais entre dos corrientes violentas y contrarias: entre la corriente general del siglo XIX y la corriente excepcional del pueblo vascongado. El siglo XIX mirando hacia atrás no ve más que pobreza, ruindad, desdichas... vuelve la vista hacia adelante y se extasia con el progreso del porvenir; por eso es un siglo innovador, reformador, perturbador. El pueblo vascongado, al contrario: si mira hacia atrás ve una alcurnia tan antigua, una prosapia tan ilustre, una legislación tan sabia, un pasado tan grandioso, que no quiere innovaciones, ni reformas, ni perturbaciones: está contento con sus costumbres inmemoriales, satisfecho con sus tradiciones patriarcales.

Vosotros, Ilustres Diputados, estais en el punto de reunión de esas dos corrientes tan fuertes y tan contrarias: teneis que sufrir su continua violencia; pero no podeis dejar arrastraros por ninguna de ellas. Grande ha sido hasta el presente vuestra tenacidad, vuestra serenidad, vuestra firmeza. Yo os felicito con toda mi alma en nombre de España y de Vizcaya por la prudencia, por la sabiduría, por el acierto y hasta por la fortuna con que estais ejerciendo vuestra gloriosa, pero dificultosa misión. Al contemplaros ahí presentes me parece que están viendo mis ojos en vosotros á los Novias, á los Salcedos, á los Leguizamón, á los más distinguidos, más patrióticos, más beneméritos Padres de Provincia que recuerda la historia de Vizcaya.

Conoceis al pueblo que os está encomendado. Sabeis que como es un pueblo vigoroso la ostentación de autoridad lo irrita, la violencia lo exaspera; pero que la moderación lo domina y la religión lo esclaviza. Por eso os distinguís por vuestra sencillez como Diputados, por vuestra majestad como Católicos.

En pocas solemnidades religiosas del mundo será dado contemplar solemnizado el culto con un orfeón de 110



voces tan sonoras, tan acordes, tan escogidas como las que aquí han resonado dirigidas por el inteligente Compositor que debe su inspiración á Vizcaya por ser su hijo, y sus conocimientos á vosotros por haber sido vuestro pensionado durante los largos años de su brillante carrera.

Que Dios, Excmo. Señor, en pago de vuestro buen deseo, de vuestro patriotismo, de vuestro interés por Vizcaya, en vuestras sesiones, en vuestras deliberaciones, en vuestras determinaciones, os siga concediendo el alto criterio legislador y el celo por la gloria de Dios que concedió á vuestro augusto paisaño y patrono San Ignacio de Loyola, para que como en ese glorioso Santo se verifiquen en cada uno de vosotros y en todo el pueblo Vascongado las palabras del profeta: "*In gloriam meam creavi eum*": para mi gloria lo crié., Gloria os deseo á todos aquí en la tierra, gloria de paz, de unión, de concordia, de prosperidad, y gloria sobre todo en el Cielo, gloria de merecimientos, de virtudes, de santidad, de felicidad eterna.... gloria imperecedera por los siglos de los siglos.— Así sea.

---





